

## José Agustín Goytisolo, veneno y jazmín en su universo poético

**José Agustín Goytisolo, «Cuadernos de El Escorial». Lumen. Barcelona. 164 páginas. 1.800 pesetas.**

Reconstruir el pasado es ejercicio propio de historiadores, aunque no sólo. Es posible historiar de múltiples formas. Una, y no la menos fiel, es la reinversión de la realidad a partir de los fragmentos que conserva la memoria. Fragmentos fugaces recompuestos en una relectura de lo que la imaginación añade donde la evocación flaquea. Buena parte de la literatura occidental, desde Homero, es un esfuerzo por reinventar el pasado que vuelve como un fantasma impertinente. «Oyente, si tú ayudas / con tu malicia y tu risa, / verdades diré en camisa, / poco menos que desnudas.» Esto decía Quevedo anunciando el propósito de sus descarnadas visiones de la realidad: desnudar la realidad, mostrar sin remilgos ni tapujos, casi en cueros, lo que ocurre. Es lo que hace José Agustín Goytisolo en estos «Cuadernos de El Escorial». El título responde al lugar en que se compusieron, en esos veranos universitarios en los que los escritores pasean sus cuerpos por viejos palacetes. La fauna de estos poemas epigramáticos está enfilada

por la mirada de un poeta implacable hasta el ridículo de los contrarios con los «agravios públicos», pero que está dispuesto a confesar su debilidad por las personas infelices y a valorar las escenas domésticas, y, no obstante, no oculta sus concesiones al absurdo, a la crueldad que gira alrededor de lo pequeño y lo mezquino, o a la ternura en momentos de violencia. A veces cierto dolor asoma en el tetrástico y es una emoción desgarrada la causa de licencias y otros coloquialismos, en ocasiones hiperrealistas, en todo caso biensonantes.

### Poesía social

El mayor de los tres hermanos Goytisolo se dio a conocer en 1955 con «El retorno» y, desde entonces, le ha envuelto una fama de poeta social de la que se está desprendiendo con el paso del tiempo. Atrás quedaron los tiempos en los que este satírico, fumador empedernido, escribía un poema-manifiesto que resumía una propuesta de renovación ideológica y estética de la literatura de los años cincuenta y sesenta. Se trata de «Los Celestiales», denuncia de la poética oficial de la poesía dulce garcilasista para quien el mundo era un soneto bien construido. Su

condición de poeta irreconciliable con los que él llama «privilegiados, conformistas y cretinos» no ha cedido en nada; pero ahora queda más clara su postura de francotirador, como ponen de manifiesto los epigramas que constituyen el corpus de su último poemario; hay en ellos toda una teoría de la literatura, de la literatura directa, vital, convertida en tertulia prolongada a deshoras entre colegas y otros rivales de ambos sexos, sin que ese vitalismo excluya la medición del dardo certero. El epigrama es uno de los más antiguos géneros de la poesía: un poema breve, hiriente, reidor, que trata de ver (muy ajustado, incisivo), la cara defectuosa de la realidad, los más famosos son los epigramas de los latinos Juvenal, Catulo y el hispano Marcial, fuentes de las que Goytisolo bebe hasta emborracharse: «Para alcanzar un sitio en el Monte Parnaso / un mal poeta rinde sus nalgas a un mal crítico. / Y se equivoca: el crítico es un gran trepador. / Su única maestría la ejerce con la pija.» Poemas siempre de cuatro versos de catorce sílabas, sin rima, por las que pasan amoríos, burlas...

J. A. A.

DIARIO DE TERRASSA 2. 3-96.